

# TEMAS EMERGENTES

## Colaboraciones experimentales: una modalidad etnográfica

### Experimental Collaborations: an Ethnographic Modality

(coordinado por Adolfo Estalella y Tomás Sánchez Criado)

\* \* \*

## Experimentación etnográfica: infraestructuras de campo y re-aprendizajes de la antropología<sup>1</sup>

### Ethnographic Experimentation: Field Infrastructures and Relearnings in Anthropology

Adolfo Estalella

CCHS, CSIC (Madrid, España)  
joseadolfo.estalella@cchs.csic.es

Tomás Sánchez Criado<sup>2</sup>

TU Munich (Alemania)  
tomas.criado@tum.de

---

<sup>1</sup> Este artículo destila lo mucho que hemos aprendido en los últimos años a través de la convivencia en los proyectos donde hemos participado. Gracias a los miembros de En torno a la silla. Gracias a los participantes de Ciudad Escuela, La Mesa y Citykitchen. Gracias especialmente a Basurama y Zuloark, a Domenico di Siena y Alfonso Sánchez Uzabal, agradecimientos también para Fabio Silli, Jorge Martínez, Manuel Pascual, Aurora Adalid, Juan López-Aranguren, Manuel Polanco, María Álvarez Niztal, Azucena Klett y Juan Martín. A través de ellos hemos aprendido a pensar la ciudad y en el itinerario urbano que hemos realizado nos hemos encontrado repensando nuestra práctica profesional y los fundamentos epistémicos de nuestra disciplina antropológica. Gracias finalmente a Alberto Corsín, con él hemos compartido debates e intercambiado argumentos, hemos recorrido la ciudad y derivado por la antropología.

<sup>2</sup> Ambos autores han contribuido en los mismos términos a este artículo y a la coordinación del tema emergente, el orden de la firma no indica ninguna prioridad en la autoría. Este artículo forma parte de un proyecto dedicado a investigar las colaboraciones experimentales en el trabajo de campo. Puede leerse más sobre él en: <http://www.xcol.org>.

## RESUMEN

¿Cómo sería un ejercicio de experimentación etnográfica en el trabajo de campo? Pareciera que las etnografías de las últimas décadas dedicadas al estudio de los nuevos medios, la ciencia y las organizaciones globales nos ofrecieran la posibilidad, o plantearan la necesidad, de reconsiderar la forma y norma del trabajo de campo etnográfico. Este artículo discute a partir de nuestra experiencia etnográfica lo que designamos como formas de trabajo de campo experimentales. Planteamos nuestro argumento a través de la narración de un proyecto de pedagogía urbana realizado en estrecha colaboración con dos colectivos de arquitectura: una infraestructura urbana de aprendizaje, informada por los lenguajes vernáculos del campo y nuestras conceptualizaciones etnográficas, un gesto recursivo que vuelve nuestros hallazgos etnográficos sobre nuestra propia práctica. Argumentamos que este proyecto nos ofrece la posibilidad de re-aprender y re-imaginar nuestra experiencia etnográfica, no mediante la estética tradicional del encuentro etnográfico sino a través de una instalación infraestructural que acondiciona el campo para lo que describimos como un ejercicio experimental. Nuestra evocación de lo experimental no pretende ser un ejercicio de ruptura con el método sino una renovación del vocabulario descriptivo y lenguaje conceptual de los relatos de campo de nuestras etnografías.

**Palabras clave:** Experimentación; Colaboración; Infraestructuras; Aprendizajes; Pedagogías; Urbanismo.

## SUMMARY

What form would an ethnographic experimentation exercise take in fieldwork? Ethnographies studying new media, science and global organizations in recent decades offer the chance, or, indeed, present the need, to reconsider norms and forms in ethnographic fieldwork. Based on our ethnographic experience, this article discusses what we define as experimental forms of fieldwork. We make our case by narrating an urban teaching project conducted in close partnership with two architectural groups: an urban learning infrastructure, referenced by vernacular languages in the field, and ethnographic conceptualisations, a recursive technique in which ethnographic findings cause us to revisit our own practice. We argue that this project gives us chance to relearn and reimagine our ethnographic experience, not through the traditional aesthetic of the ethnographic encounter, but through an infrastructural installation that conditions fieldwork for what we describe as an experimental exercise. Rather than breaking away from method, our approach to the experimental seeks to renew the descriptive vocabulary and conceptual language of field accounts in our ethnographies.

**Key words:** Experimentation; Collaboration; Infrastructures; Learning; Pedagogy; Urbanism.

La convocatoria había tenido eco y cuatro decenas de participantes habían acudido a un taller que introducía conocimientos básicos para la construcción de huertos comunitarios en la ciudad. Hasta que la noche se nos echó encima, permanecemos durante tres horas en las ajadas gradas que amueblaban el espacio al aire libre. La sorna burlona de los ponentes contribuyó posiblemente a sostener nuestra atención mientras desgranaban lecciones aprendidas sobre suelo, comunicación digital, riego y gobernanza de huertos urbanos. Alberto Peralta contó la historia del solar que acogía la sesión, un espacio situado en el céntrico barrio madrileño de Lavapiés. El proyecto llamado 'Esta es una plaza' había sido gestionado desde 2008 por vecinos, tras un acuerdo con el ayuntamiento de Madrid. Lo que antes era un terreno baldío había sido equipado con un taller de herramientas, un horno de cocción, las gradas de madera

que nos acogían y un amplio huerto que se extendía a lo largo del espacio. Les llevó ocho meses redactar la primera versión del ideario original en el que señalaban que aquello pretendía ser un espacio verde de carácter experimental: un laboratorio urbano, en sus propios términos.

El encuentro celebrado a principios de septiembre de 2015 iniciaba un itinerario de talleres que en los meses siguientes recalaría en huertos urbanos diseminados por todo Madrid que habían surgido por iniciativa de ciudadanos (Montecarmelo, Batán, Adelfas, etc.). Cada uno de ellos abordaba temas de diseño espacial, prácticas de mediación social o construcción de mobiliario con madera reciclada (bancos, mesas, compostadoras, etc.). El programa de aprendizajes urbanos era un proyecto del colectivo de arquitectura Zuloark junto a varios miembros de la Red de Huertos Urbanos de Madrid y varias instituciones públicas<sup>3</sup>. Uno de nosotros (Adolfo) participaba también en la iniciativa. El ciclo ambulante (bautizado como Ciudad Huerto<sup>4</sup>) formaba parte de un proyecto previo: Ciudad Escuela<sup>5</sup>. Este surgió del trabajo conjunto que Adolfo y su colega antropólogo Alberto Corsín Jiménez habían realizado junto a los colectivos de arquitectura Zuloark y Basurama (Corsín Jiménez y Estalella s/d)<sup>6</sup>. Ciudad Escuela cristalizó una intuición que atravesaba nuestros diálogos: la idea de que espacios como los huertos urbanos podían entenderse como lugares donde los vecinos estaban aprendiendo nuevas formas de construir ciudad, una manera distinta de habitarla y relacionarse con ella consecuencia de ejercicios materiales que re-amueblaban el espacio público. Los huertos urbanos, como el proyecto Esta es una plaza, eran un ejemplo paradigmático de lo que estaba ocurriendo, pero no el único.

Ciudad Escuela surgió de un interés académico por Basurama y Zuloark: nos seducía la práctica material y la imaginación urbana que movilizaban en sus intervenciones. Compuestos por arquitectos en la treintena, la mayoría hombres, ambos colectivos han desarrollado una práctica que se aleja de las convenciones disciplinarias de la arquitectura. A lo largo de la última década, su trabajo ha adoptado la forma de intervenciones críticas en el espacio público mediante la construcción de infraestructuras materiales y humildes equipamientos urbanos, piezas que podríamos decir que amueblan el espacio con nuevas capacidades. Muy a menudo, esas intervenciones se realizan mediante talleres abiertos a la participación de vecinos y habitantes de la ciudad. El intento por realizar una etnografía de Basurama resultó, sin embargo, malogrado. Tras obtener su consentimiento y pasar tres meses en su estudio, nos pidieron abandonarlo. A pesar de ello volvimos a insistir y un tiempo después ambos colectivos se incorporaron como socios a un proyecto que les propusimos; sin mucha concreción, les lanzamos una invitación a diseñar una investigación conjunta. A partir de ese momento, durante un año y medio —entre 2012 y 2013— mantuvimos reuniones periódicas (semanales o quincenales) dedicadas a debatir sobre las intervenciones urbanas que a la sazón proliferaban por Madrid. El movimiento 15M de los indignados

<sup>3</sup> El Huerto municipal del Parque del Retiro, el centro cultural Intermediae (Matadero) y el ayuntamiento de Madrid a través de su área de medioambiente y su programa Hábitat eran también promotores y colaboradores del proyecto.

<sup>4</sup> <http://ciudad-huerto.org>

<sup>5</sup> <http://ciudad-escuela.org>

<sup>6</sup> Participaban también en el proyecto los arquitectos Alfonso Sánchez Uzábal y Domenico di Siena.

llevaba un año poblando las calles de una ciudad (desde mediados de 2011) que se encontraba en un momento de efervescencia urbana: sus habitantes emplazaban su creatividad en huertos, asambleas y okupaciones que se extendían por doquier.



IMAGEN 1.—La #AcampadaSol (Madrid), en mayo de 2011. Momento en que el movimiento 15M de los Indignados aparece en España. La acampada señala el epítome de la ola de creatividad ciudadana y efervescencia política que se extiende por las ciudades españolas en aquel momento.

Autor: Julio Albarrán.

Este artículo describe la condición singular de sitios etnográficos como Ciudad Escuela, localizaciones que nos resultan familiares por cierta proximidad epistémica pues nuestras prácticas en el campo conviven y se hibridan con las prácticas de investigación de nuestras contrapartes. Aunque nos centramos únicamente en el trabajo de uno de nosotros, el núcleo de nuestra reflexión se extiende a los proyectos etnográficos que ambos hemos realizado independientemente. Planteamos en este artículo que estos sitios etnográficos parecen ofrecernos la posibilidad, o plantearnos la necesidad, de reconsiderar la forma y norma del trabajo de campo etnográfico. En las próximas páginas describimos una de esas modalidades de trabajo de campo que designamos como una colaboración experimental. Nuestra reflexión entra en diálogo con una literatura que mantiene un intenso debate sobre las formas de trabajo de campo que requiere el estudio antropológico de ciertos sitios de la contemporaneidad (Rabinow et al. 2008). El argumento encuentra resonancias y toma inspiración en una serie de proyectos etnográficos que en tiempos recientes han sido calificados por sus autores como experimentos etnográficos (Rabinow 2012; Faubion y Marcus 2009; Rabinow et al. 2008).

Tales trabajos podrían contextualizarse en una literatura que ha explorado recientemente maneras de involucrarse en el trabajo de campo a través de lo colaborativo (Holmes y Marcus 2008), que ha movilizado la construcción de infraestructuras digitales (Riles 2014; Fortun et al. 2014) o que se ha abierto a una sensorialidad distinta de la visual en la producción de conocimiento (Pink 2009).

Nuestro artículo reflexiona a partir de los proyectos etnográficos que hemos realizado en los últimos años y trata de dar cuenta de nuestra implicación en el campo a través de la figura de la colaboración experimental. En la primera parte del artículo describimos el desarrollo de Ciudad Escuela, una infraestructura urbana para los aprendizajes abiertos que habilita las condiciones para nuestro trabajo de campo mientras remedia nuestra etnografía: esta adopta la forma de una instalación infraestructural en la ciudad. Nuestra participación en su desarrollo reproduce recursivamente la práctica experimental de nuestras contrapartes en el campo. Nuestra evocación de lo experimental no es un gesto alegórico ni metafórico, sino un intento por conceptualizar a través de esa figura epistémica nuestra implicación etnográfica en el trabajo de campo. Pero la experimentación es un concepto con un extenso desarrollo teórico, por ello contextualizamos nuestro argumento en diálogo con los estudios de ciencia, una literatura que ha mostrado que la dicotomía entre observación y experimentación es una distinción reciente, ambas prácticas epistémicas han estado estrechamente imbricadas a lo largo de la historia. La recursividad de nuestro trabajo de campo nos lleva a tomar inspiración de los lenguajes vernáculos para describir nuestro trabajo como un ejercicio de experimentación etnográfica. Creemos que Ciudad Escuela y sitios similares de la contemporaneidad no invitan a re-aprender nuestras modalidades etnográficas. Este artículo explora cómo dar cuenta de ellas, nuestro objetivo es repensar los vocabularios descriptivos y lenguajes conceptuales de los relatos de campo que describen nuestras implicaciones etnográficas.

## EXPERIMENTOS URBANOS

Ciudad Escuela nace en un contexto de aprendizajes insurgentes diseminados por la ciudad y en el que convergen la tradición de la auto-construcción y el impulso liberador del software libre nacido en Internet. Su diseño plantea un programa de talleres (lo que llamamos itinerarios de aprendizaje) y una infraestructura digital basada en software libre para documentar los talleres y generar circuitos de valor mediante la acreditación de las habilidades adquiridas. En su declaración de intenciones, lo describimos como un «proyecto de reamueblamiento —conceptual, político e infraestructural— de la ciudad contemporánea»<sup>7</sup>, un ensayo experimental de aprendizajes urbanos de código abierto del cual éramos arte y parte, desde su diseño inicial a su ejecución.

El proyecto se gestó muy lentamente a través de una serie de conversaciones que se desarrollaron en la intimidad de los estudios profesionales de Basurama y Zuloark y que luego se diseminaron paulatinamente hacia el resto de la ciudad. Nos encontrábamos habitualmente en eventos públicos dedicados a reflexionar sobre la ciudad

---

<sup>7</sup> Ciudad Escuela, 'About', en: <http://ciudad-escuela.org/about>

y el papel de los ciudadanos en sus formas de gobernanza. Formamos parte de ese circuito urbano mediante la construcción de varios espacios de trabajo e investigación en colaboración con ambos colectivos. Uno de ellos se llamó La Mesa Ciudadana de gestión del espacio público<sup>8</sup>, dedicado a debatir y trabajar sobre las iniciativas que habían proliferado por la ciudad en tiempos recientes. La Mesa, como se la conocía coloquialmente, se desarrolló como una reunión periódica (semanal, inicialmente) de asistencia abierta que reunía habitualmente unas 15 personas, activos participantes o interesados en proyectos urbanos. La Mesa serviría de inspiración para otra iniciativa de aspiraciones análogas promovida por Basurama y Zuloark: Citykitchen<sup>9</sup>. Ambas se desarrollaron mientras se gestaba Ciudad Escuela, en estrecha relación y complicidad con ella, aunque cada una de ellas constituía un proyecto independiente

Citykitchen nació con una vocación experimental que se evidenciaba en su mismo nombre<sup>10</sup>. La idea inicial manejaba, sin embargo, una figura más convencional: la del laboratorio urbano; pero una de nuestras reuniones alumbró lo que sería su designación final. La evocación de una cocina pretendía sancionar ese espacio doméstico y mundano como un genuino sitio experimental, una reivindicación de conocimientos cotidianos que se alineaba con la apuesta por legitimar otros saberes urbanos periféricos. El proyecto fue diseñado como una serie de encuentros públicos que pretendían construir un espacio para que participantes en iniciativas ciudadanas (como huertos, espacios ocupados, etc.) y personal de la administración municipal pudieran intercambiar conocimientos y aprender mutuamente. Desde sus inicios, el diseño huía del habitual antagonismo que caracteriza (en palabras de sus protagonistas) la relación entre administración pública y ciudadanía y trató de acondicionar un contexto para el aprendizaje mutuo que neutralizara el conflicto antagónico —aunque no la controversia—.

Citykitchen cristalizó en una serie de seis sesiones abiertas que se desarrollaron en el centro de arte Intermediae (Matadero). Cada una de ellas fue cuidadosamente preparada en reuniones previas participadas por asiduos a La Mesa y miembros del ayuntamiento, funcionarias de alto rango algunas de ellas. La situación en estos encuentros era extraña. No había sobre la mesa ninguna reclamación sustantiva de unos y tampoco ningún ofrecimiento de parte de las otras. El clima extendido era que aquello constituía un espacio exploratorio, donde no había roles prefijados y en el que se diluía (en ocasiones) la distinción clara entre administración y ciudadanía. Citykitchen estaba movido por un impulso pedagógico, el mismo que atravesaba a Ciudad Escuela.

La tercera sesión abierta al público estuvo dedicada a los huertos urbanos, de manera específica al proceso de legalización abierto por el ayuntamiento. Muchos huertos habían surgido de ocupaciones ilegales o alegales de terrenos públicos desde el año 2008 y el gobierno local estaba en proceso de regularización en respuesta a las demandas de esas iniciativas. La sesión se celebró en abril de 2014 y reunió a 45

<sup>8</sup> <https://lamesaciudadana.wordpress.com>

<sup>9</sup> <http://citykitchen.es>

<sup>10</sup> Alberto Corsín (2016) abunda en la descripción de la condición experimental de estos contextos en su contribución al tema. Su relato da cuenta de las infraestructuras y metodologías que estos colectivos movilizan en un afán liberador que está impulsado por la filosofía propia del software libre, una ecología de prácticas que permite pensar la etnografía más allá del operador de la relacionalidad.

personas durante toda una mañana. Pablo Llobera, un activo participante de la Red de Huertos de Madrid, arrancó las presentaciones de la sesión con una abigarrada diapositiva que no dejaba respirar palabra: «lo mismo que hacemos con los bancales, aprovechar hasta el más mínimo espacio, así hacemos con las diapositivas» (Diario de campo, 2014), y continuó después con una amplia descripción sobre el crecimiento de la red.



IMAGEN 2.—Varias imágenes de las convocatorias de las diversas sesiones de Citykitchen. Como se aprecia en ellas, la estética de la convocatoria evoca la imagen de la comensalidad que las sesiones del proyecto movilizan. Autores: Zuloark y Basurama.

Tres mesas de trabajo siguieron a las presentaciones. Una de ellas dedicada a ‘protocolos de intervención y contratos urbanos’ estuvo moderada por Javier de la Cueva, un abogado experto en propiedad intelectual. El grupo se deslizó rápidamente hacia la discusión de los contratos para la gestión compartida (entre administración pública y ciudadanía) de los espacios públicos. Alguien señaló que lo que estaba en juego era la titularidad de esos espacios, otro sugirió la posibilidad de pensarlos en términos de procomún, y hubo quien planteó la necesidad de tomar en cuenta la clasificación del suelo (verde, dotacional, etc.) y sus usos para poder establecer formas de

gestión ciudadana. Las otras dos mesas abordaron cuestiones relacionadas con el mantenimiento y la gestión experimental de los espacios, y la mediación y comunicación entre ayuntamiento y ciudadanía. Los participantes jugaban a trastocar las convenciones de la experticia en ese encuentro, un esfuerzo que representaba para algunos el intento por hacer de Citykitchen una oficina para la gobernanza híbrida de la ciudad; donde administración y ciudadanía intercambiaban e hibridaban sus saberes en la constitución de otra imaginación urbana.

Unas semanas después, una profusa documentación del encuentro era publicada en Internet: una relatoría, las presentaciones mostradas y las grabaciones de audio de la sesión se encontraban accesibles y extendían el cuidado no sólo por los presentes sino también hacia los testigos virtuales del evento<sup>11</sup>. La producción de una minuciosa documentación es habitual entre algunos colectivos que hacen de esa práctica un elemento clave de sus intervenciones en el espacio público —Basurama y Zuloark entre ellos—. La experiencia de Tomás es similar, en tanto los colectivos de personas con diversidad funcional con los que ha trabajado exploran, documentan y generan saberes e intervenciones técnicas sobre la in/accesibilidad de los espacios urbanos, como ejemplo el proyecto En torno a la silla<sup>12</sup> (Sánchez Criado y Cereceda s/d).



IMAGEN 3.—Vista general del Campo de Cebada, un enorme solar desocupado en el centro de Madrid que desde mayo de 2011 ha sido auto-gestionado por los vecinos; tanto Basurama como Zuloark han sido activos participantes de este espacio. Autor: Zuloark.

Las iniciativas y comunidades que estamos describiendo se desarrollan en espacios no académicos (centros de arte, solares urbanos...) y producen un conocimiento sobre la ciudad que contesta las formas de experticia establecidas mientras alumbrando otras.

<sup>11</sup> Puede consultarse el trabajo documental en la página web del proyecto <http://citykitchen.es>.

<sup>12</sup> <https://entornoalasilla.wordpress.com>

Como Manuel Pascual, miembro de Zuloark, decía en una de nuestras reuniones en las que gestábamos Ciudad Escuela, el proyecto debía servir para «reclamar la legitimación de las prácticas constructivas informales» (Diario de Campo 2012). De hecho, el proyecto pretendía proporcionar una infraestructura que contribuyera justamente a ese esfuerzo de legitimación. Los ejercicios de producción de conocimiento que desarrollan esas iniciativas movilizan infraestructuras, ingenian metodologías para la discusión de los asuntos compartidos y airean relatos sobre una ciudad en construcción. Podríamos trazar un paralelismo con las tecnologías básicas que las culturas experimentales movilizaron en su nacimiento en el siglo XVII (Shapin y Shaffer 1985); y de la misma forma que ciertos estilos de experimentación traen al mundo entidades que no existían, nos aventuramos a sugerir que lo que está en juego en muchos de esos proyectos es el alumbramiento de una ciudad apenas intuida.

No es difícil ver un aire de familia con nuestra propia práctica etnográfica, una similitud especialmente manifiesta en los gestos de cuidado documental que encontramos en espacios de trabajo como Citykitchen (detallado registro documental, archivado, géneros narrativos...). No estamos entonces simplemente ante culturas que hacen de nosotros un incompetente aceptable sino que nos encontramos ante formas de experticia encarnadas en sujetos «capaces de hacer grandes etnografías en sus propios idiomas»<sup>13</sup> (Holmes y Marcus 2008: 129). El relato etnográfico que nosotros elaborábamos y su conceptualización antropológica eran adyacentes y se solapaban con las teorizaciones y relatos de nuestras contrapartes en el campo. ¿Qué rol puede asumir entonces el antropólogo?, cuando tus contrapartes en el campo relatan el mundo en términos similares a los tuyos y tiene aspiraciones teóricas análogas<sup>14</sup>. ¿Cómo podemos desarrollar nuestra tradicional práctica empírica del trabajo de campo en tales sitios?, y ¿qué formas puede (o debe) adoptar la etnografía? Esa es la reflexión que han explorado Douglas Holmes y George E. Marcus (2005a, 2005b, 2008) a partir de sus etnografías en sitios como la Reserva Federal del Tesoro de EE UU, el Parlamento Europeo o el Banco Central, lo que ellos llaman para-sitios etnográficos (*para-sites*), localizaciones pobladas por individuos con prácticas para-etnográficas (casi etnográficas), que conforman eso que designan como «comunidades epistémicas»:

La investigación, ampliamente concebida, es integral al funcionamiento de tales comunidades. El laboratorio científico es el ejemplo paradigmático, pero creemos que el ethos experimental es parte de la estructura contemporánea y se manifiesta en incontables lugares, desde los espacios de arte alternativo a los bancos centrales, desde las comunidades de científicos del clima a las comunidades de activistas políticos católicos (Holmes y Marcus 2008: 82)\*

Sus reflexiones resuenan en nuestra geografía con quienes señalan la necesidad de adaptar los instrumentos y métodos de la etnografía para el estudio de sociedades urbanizadas e industrializadas (San Román 2009). La figura canónica de la observación participante se encuentra en el punto de mira de propuestas que, movidas por

<sup>13</sup> Nuestra traducción, a partir de ahora las señalaremos con un asterisco: \*.

<sup>14</sup> El desarrollo de el trabajo de campo que describimos entre colectivos que podemos caracterizar como comunidades epistémicas resuena con la propuesta de Luis Berraquero Díaz, Francisco J. Maya Rodríguez y Francisco J. Escalera-Reyes (2016) titulada 'La colaboración como condición, la etnografía participativa como oportunidad para la acción'.

una vocación aplicada, tratan de ampliar el alcance de la antropología: «la observación participante [...] siendo totalmente necesaria es marcadamente insuficiente», a lo que sigue una interpelación por: «desarrollar, adecuar, innovar, el acervo metodológico» (Giménez 2011: 196). En el caso de Marcus y Holmes, los autores plantean que en esos para-sitios etnográficos (*para-sites*), la modalidad óptima del trabajo de campo es aquella articulada mediante formas de colaboración, a través de la cual sería posible explorar las condiciones para que se entrecrucen las diferentes formas de experticia en el encuentro etnográfico: «Los etnógrafos necesitan construir modelos de trabajo de campo para ellos, modelos que les permitan operar con sus agendas de investigación dentro de los ubicuos laboratorios que definen los espacios sociales actualmente.» (Holmes y Marcus 2008: 130). Los que antes eran informantes o incluso colaboradores son ahora descritos como socios epistémicos (*epistemic partners*) (Marcus y Holmes 2008).

Los para-sitios (*para-sites*) como Citykitchen hacían de nosotros, como del resto de invitados, parásitos de una mesa compartida. Una descripción que recupera el sentido etimológico de la palabra parásito: comensales en una reunión donde los roles se alternaban y difuminaban. Ese ejercicio de comensalidad urbana reformulaba también nuestra experticia etnográfica, contigua a las prácticas documentales y narrativas elaboradas por nuestras contra-partes en el campo etnográfico. La cocina de ciudad desplegada por Citykitchen operaba en adyacencia a la infraestructura que Ciudad Escuela había comenzado a diseñar.

## INFRAESTRUCTURAS ETNOGRÁFICAS

Ciudad Escuela era la continuación de un largo proyecto etnográfico que había comenzado en un centro crítico dedicado a la intersección del arte, la ciencia y la tecnología, Medialab-Prado (MLP), espacio que nos interesó por su cultura del prototipado. Los prototipos son en MLP tecnologías en desarrollo constante (en estado beta) que constituyen el objeto experimental del trabajo sociomaterial en el centro. La etnografía se amplió y transitó después por las asambleas del movimiento 15M de los Indignados para interesarse por el esfuerzo de reinención política que estas emplazaban en el espacio urbano. Ciudad Escuela prolongaba ese itinerario mediante una infraestructura urbana que proyectaba de manera esperanzada los aprendizajes que habíamos realizado hasta entonces.

Avanzado el programa de aprendizaje sobre huertos, un taller de dos días introdujo a dos docenas de personas en la auto-construcción de mobiliario. Tras aprender a desmontar palets en el huerto municipal del Parque del Retiro de Madrid, dedicamos todo un sábado a construir tres piezas de mobiliario en un solar en el sur de Madrid (el Huerto de Adelfas). Las sesiones prácticas iban acompañadas de una guía que desglosaba conceptos básicos y documentaba con preciosismo dos diseños mobiliarios (bancos) que los participantes desatendieron completamente: construyeron a su antojo tres bancos/bancales improvisados. Durante el taller, Manuel Pascual, uno de los promotores del proyecto Ciudad Huerto, interpelaba constantemente a los participantes a documentar el proceso de construcción; algo que ocurría repetidamente en los talleres, aunque sólo en ocasiones la demanda era atendida. La práctica documen-



IMAGEN 4.—Taller de Ciudad Huerto dedicado a la construcción de mobiliario, celebrado a principios de 2016 en el Huerto de Adelfas, al sur de Madrid. Un solar inicialmente ocupado por los vecinos y cedido posteriormente por el ayuntamiento. Autor: Adolfo Estalella.

tal se planteaba como un gesto de devolución de los aprendizajes que permite reproducir esas intervenciones en algún otro lugar. Mediante sus talleres, Ciudad Escuela (lo mismo que CH) se instalaba y tomaba forma provisional en la ciudad: desplegaba aprendizajes, montaba infraestructuras, exploraba metodologías pedagógicas y enhebraba un circuito urbano que conectaba espacios, personas e infraestructuras a través del flujo de aprendizajes. Los talleres evidenciaban la imaginación urbana y sensibilidad arquitectónica que Zuloark, Basurama y otros colectivos de arquitectura han desplegado en los últimos años en unas intervenciones que hacen de la ciudad un objeto de aprendizaje.

Una reciente literatura centrada en el estudio de la ciudad nos ha mostrado la condición sustancial que tienen las infraestructuras en la experiencia urbana (Graham y McFarlane 2015). Esos trabajos narran la ciudad como un conjunto de ensamblajes urbanos (Fariás y Bender 2009) y muestran que las infraestructuras son algo más que sistemas materiales y dispositivos técnicos: «la infraestructura no es sólo una cosa, un sistema, un resultado, sino un proceso social y tecnológico complejo que habilita —o impide— formas específicas de acción en la ciudad»\* (Graham y McFarlane 2015: 1). AbdouMaliq Simone (2004) extiende de manera sugerente la noción de infraestructura para incluir las actividades de los mismos habitantes de la ciudad: «la gente como infraestructura describe un proceso habitualmente tentativo y precario que rehace el centro de las ciudades»\* (408), con la formulación de personas-como-infraestructura (*people as infrastructure*) se refiere a las intersecciones que dependen de «la habili-

dad de los residentes para implicarse en complejas combinaciones de objetos, espacios, personas y prácticas\* (407). No queremos extendernos más sobre las recientes elaboraciones teóricas y los aportes etnográficos que revitalizan la noción de infraestructura, simplemente tratamos de aportar algunos elementos para situar nuestra descripción.



IMAGEN 5.—Un taller de construcción de mobiliario realizado por Zuloark en el Campo de Cebada. Con el nombre de 'Handmade urbanismo', el colectivo ha organizado una serie de talleres anuales dedicado a re-amueblar el espacio. Autor: Zuloark.

Ciudad Escuela (CE) tomaba cuerpo en Internet, se desplegaba en la forma de talleres y diseminaba por la ciudad en un circuito de aprendizajes que se proyectaban al futuro en sus ejercicios de documentación. El proyecto tomaba inspiración de la práctica de auto-construcción urbana desplegada por la ciudad —la misma que identificaba la actividad profesional de Basurama y Zuloark— y exploraba de manera tentativa la configuración de lo que entonces llamamos una infraestructura urbana abierta. Una formulación que sanciona el encuentro de dos sensibilidades materiales distintas: la de la auto-construcción propia de algunas periferias urbanas y la del software libre nacido de Internet. Los ejercicios de inventiva ciudadana que proliferaban y que CE (y Ciudad Huerto) aspiraban a reproducir parecían reclamar un derecho a la ciudad que adoptaba la expresión de una infraestructura abierta, como la describe Alberto Corsín: «un diseño sociomaterial para nuestra contemporaneidad cuya principal cualidad es su condición permanente en beta, esto es, que sus componentes sociales y

materiales se retro-alimentan como si estuvieran en mutua suspensión»\* (2014: 343). Esa es una descripción adecuada de la condición infraestructural de Ciudad Escuela, pero podríamos añadir a la retro-alimentación entre su condición social y material que la infraestructura retro-alimentaba también nuestra propia práctica etnográfica; en ello nos detenemos brevemente.

Citykitchen nos abrió a la relación con la administración municipal, asentó nuestra relación con el centro de arte Intermediae (Matadero) y nos situó en un circuito de debate urbano. El encuentro etnográfico tradicional del trabajo de campo adoptaba aquí la forma de una instalación infraestructural que emplaza y proyecta nuestra etnografía mediante ejercicios de itinerancia (talleres) y adyacencia (La Mesa, Citykitchen). Podemos decir que la aspiración mobiliar que impulsaba a Ciudad Escuela no solo infraestructuraba los solares de la ciudad sino que amueblaba también nuestra práctica etnográfica. En este sentido, el papel de Ciudad Escuela resuena con la función que otras infraestructuras digitales han jugado en proyectos etnográficos. Estas han servido de instrumentos que proporcionan puntos de vista ventajosos (Fortun *et al.* 2014) o han desplegado contextos donde investigar las prácticas de aquellos que participan en ellas (Riles 2015); pero hay algo más en Ciudad Escuela que nos parece relevante: un gesto recursivo entre la arquitectura y la antropología.

Cuando Ciudad escuela vio la luz llevábamos más de tres años de etnografía y para entonces habíamos desarrollado un vocabulario tentativo de la ciudad descubierta: urbanismos en beta, archivos urbanos, mobiliario *open-source*... eran los hallazgos etnográficos que amueblaban provisionalmente nuestro relato. Un lenguaje que alimentó la narrativa y equipó teóricamente la arquitectura conceptual de Ciudad Escuela: daba nombre a sus módulos de aprendizaje y título a sus talleres y seminarios. De alguna manera, Ciudad Escuela era en su configuración material y en su constitución narrativa el epítome de esa versión de ciudad liberada en ejercicios de inventiva ciudadana. Nuestra propia etnografía alimentaba conceptualmente una infraestructura que se instalaba en la ciudad narrando la creatividad ciudadana que proliferaba en ella. Nos encontramos entonces ante una infraestructura urbana modelada por la práctica constructiva de la arquitectura y la aspiración descriptiva de la antropología, dos sensibilidades epistémicas que en el encuentro urbano se alimentan de forma recursiva. En ese proceso, la infraestructura que alberga las prácticas constructivas de nuestras contrapartes remedia nuestra propia aspiración descriptiva.

La descripción de Ciudad Escuela en términos de remediación se hace eco de una reciente propuesta de Paul Rabinow (2011). Su extensa investigación realizada entre científicos del ámbito de la biotecnología le ha llevado a argumentar —en términos similares a los propuestos por Marcus y Holmes— la necesidad de re-equilibrar el tradicional binomio entre observación/participación que articula el trabajo de campo antropológico. Su propuesta es remediar/remedar (*remediate*) nuestras prácticas de campo, donde la noción de remediación (*remediation*) tiene un doble sentido: enmendar algo (poner remedio, remedar) y cambiar de medio (re-medio)<sup>15</sup>. Nos gustaría describir en esos términos Ciudad Escuela, como una remediación (en ambos sentidos) de nuestra etnografía: una remediación que enmienda (o remienda) nuestras prácticas convencionales en el trabajo de campo; pero también un ejercicio que lo re-medía

<sup>15</sup> Este segundo significado del verbo *remédie* en inglés no está presente en castellano.

al alumbrar otros modos de inscripción etnográfica. Clifford Geertz (1973) describió en esos términos la práctica fundamental del antropólogo: un ejercicio de escritura, una práctica de inscripción que adopta la forma urgente de las notas de campo o la formulación permanente de una monografía. Ciudad Escuela nos ayuda a pensar en otras formas de inscripción y en un género etnográfico distinto, si así podemos llamarlo: una infraestructura que tiene una condición genuinamente urbana y que está informada al mismo tiempo por el lenguaje vernáculo del campo y nuestras teorizaciones etnográficas (como, por otro lado, cualquiera de nuestras monografías)<sup>16</sup>.

El alumbramiento del método etnográfico moderno estuvo estrechamente vinculado a una infraestructura mundana: la tienda de campaña que Bronislaw Malinowski instala en mitad del poblado de Omarakana durante su estancia en las islas Trobriand. El antropólogo le dedica la primera (y última) imagen de la edición original de los *Argonautas del pacífico occidental*, donde la describe en el pie de foto: «la tienda del etnógrafo en la playa de Nu'agasi. Esto ilustra la forma de vida entre los nativos»\* (Baker 1987: 14). George Stocking repara en ese utillaje que acompaña al nacimiento de la antropología moderna para describirlo como un «símbolo mítico fundamental»\* (1983: 111), pues a través de ella el antropólogo habilita las condiciones para «emplazar a uno mismo en una situación en la que puede tener cierto tipo de experiencia»\* (Stocking 1983: 111). Creemos que Ciudad Escuela nos invita a prolongar la reflexión sobre la condición infraestructural de nuestras etnografías y la manera como estas reformulan la norma y forma del trabajo de campo y su misma expresión.

Quizás la infraestructura urbana de Ciudad Escuela habilita las condiciones para otro tipo de experiencia, siguiendo la descripción que Matthew Gandy (2005) hace de las infraestructuras urbanas: «sistemas de representación que conceden al espacio urbano su significado cultural. Podemos concebir las infraestructuras urbanas como modos de cognición y procesos que apuntalan la reestructuración del espacio urbano»\* (Gandy 2005: 39). Quizás la infraestructura de Ciudad Escuela nos interna en un espacio que abre la posibilidad para re-imaginar nuestra experiencia etnográfica, no mediante la estética tradicional del encuentro etnográfico sino a través de una instalación infraestructural que acondiciona materialmente el campo para lo que describimos como un ejercicio experimental.

## OBSERVACIÓN/EXPERIMENTACIÓN

Nuestra reflexión nace de una extrañeza metodológica que surge con nuestras últimas investigaciones y que se intensifica cuando cotejamos con nuestras etnografías anteriores<sup>17</sup>. Nos parece que nuestra presencia en el campo y la implicación con nues-

<sup>16</sup> En su contribución, Montserrat Cañedo (2016) aborda también el desarrollo de un sistema de visualización resultado de la colaboración con una serie de participantes en un centro cultural. Ese trabajo le lleva a explorar «fuera más allá de la habitual forma textual» que produce la etnografía, el resultado en este caso «una suerte de cartografía crítica que dibujaba insólitos espacio-tiempos del abastecimiento urbano».

<sup>17</sup> Esta tensión metodológica por alejarse de los modos convencionales del trabajo de campo se aprecia también en la contribución de Isaac Marrero (2016), quien describe inicialmente su proyecto como un fracaso etnográfico por su distanciamiento de los cánones de la distancia que

tras contrapartes se aleja de una modalidad de «participación destinada a escribir»\* (Emerson *et al.* 2005: 26) que habíamos practicado en las investigaciones de nuestras tesis doctorales. La descripción de nuestro trabajo de campo como una colaboración experimental intenta conceptualizar etnográficamente esa tensión etnográfica. La experimentación se ha convertido en una figura contemporánea que alimenta la imaginación social y la teorización académica en tiempos recientes (Guggenheim 2012; Fischer, 2009). La invocación que hacemos del carácter experimental del trabajo de campo puede entenderse entonces como síntoma de los tiempos que corren y un esfuerzo por describir la relación distintiva que establecemos con los sitios de nuestras etnografías.

Ciertamente la experimentación etnográfica no es ajena a la antropología, George E. Marcus y Michael J. Fischer nos recuerdan que el giro reflexivo de la disciplina está atravesado por similares aspiraciones, así describían la situación a mediados de la década de los ochenta: «nos parece que lo que está ocurriendo es un momento en el que cada proyecto individual etnográfico de investigación y escritura es potencialmente un experimento»\* (1986: ix). En ese momento, está en juego una amplia discusión sobre las formas de representación etnográfica, la naturaleza construida de sus textos y la autoridad que se desprende de ellos. Creemos que el ejercicio experimental circunscrito a la representación que plantea el giro reflexivo parece desplazarse ahora a otro momento y lugar: el trabajo de campo (Marcus 2013). Lo experimental es movilizado en la descripción empírica que algunos antropólogos y antropólogas hacen de sus propias prácticas en el trabajo de campo (Fortun *et al.* 2014; Riles 2014; Rabinow 2012) o bien es propuesto como una aspiración para la renovación etnográfica (Marcus 2014). Una de las investigaciones más amplias sobre la experimentación etnográfica ha sido realizada por Paul Rabinow. Un proyecto integral que conecta el replanteamiento de la observación participante con la exploración de nuevas formas pedagógicas y el despliegue de infraestructuras digitales destinadas a la colaboración (Rabinow 2011; Rabinow y Bennett 2012).

Nuestro entendimiento de la experimentación no es un ejercicio metafórico ni un gesto alegórico, pretende ser una descripción empírica de nuestros (y otros) trabajos de campo etnográficos<sup>18</sup>, pero la figura de la experimentación tiene un amplio bagaje teórico, creemos por ello que las descripciones históricas y sociológicas realizadas desde los estudios de ciencia (y la historia de la ciencia) pueden ayudarnos a generar el contexto para explorar lo que sería un ejercicio de experimentación etnográfica. Tres elementos nos parecen relevantes para centrar el debate, en primer lugar, la historia de la ciencia ha constatado la disociación entre laboratorio y experimento. El laboratorio (normalmente de ciencias físicas) ha dominado la imaginación espacial del experimento durante el siglo XX a costa de invisibilizar la diversidad de formas espaciales del experimento desde el siglo XVII (Galison y Thompson 1999; Klein 2008). Podríamos citar

---

establece la observación participante. Marrero nos ofrece sin embargo, en un «gesto analítico retrospectivo» un nuevo relato de campo que es capaz de dar cuenta de su trabajo etnográfico en otros términos.

<sup>18</sup> En el momento de escribir este texto nos encontramos en la parte final de la edición de un libro dedicado a la figura de las colaboraciones experimentales. Nuestras reflexiones sobre este tema se han enriquecido ampliamente con el diálogo de las autoras que contribuyen a esa obra.

como ejemplos los experimentos biológicos estudiados por el historiador Robert E. Kohler (2002) en los que describe la construcción del campo (literalmente) como un espacio para la experimentación. Una espacialización de la experimentación en localizaciones salvajes y no controladas sobre la cual han abundado recientes trabajos antropológicos (Kelly 2012; Candea 2013).

El segundo aspecto relevante se refiere a la dicotomía actual entre experimentación y observación. La figuración como prácticas epistémicas distintas y excluyentes se produce a finales del siglo XIX y es el resultado de un proceso que hace del experimento el locus privilegiado para la producción de conocimiento científico (Daston 2011). Antes de eso, observación y experimentación fueron entendidas como prácticas imbricadas y complementarias, es sólo a finales del siglo XIX cuando son opuestas mediante una serie de atribuciones que las disocia: mientras el experimento se considera activo la observación pasiva, mientras se considera que la primera requiere ideas e ingenuidad se asume que la segunda está basada únicamente en el registro preciso de datos (Daston y Lunbeck 2011). Reconocer que la experimentación y la observación han estado históricamente relacionadas de manera sofisticada nos permite imaginar formas diversas de imbricación en el trabajo de campo etnográfico, en ellas la experimentación no se contrapone ni deja de lado la observación sino que se complementa con ella y se solapa de manera diversa y, quizás en ocasiones, pudiera sustituirla.

Un tercer elemento aportan la historia de la ciencia y los trabajos etnográficos de laboratorio (incluyendo los antropológicos): los experimentos tienen muchas formas distintas. Más que un método unificado o una práctica homogénea, el experimento está caracterizado por una enorme diversidad que evidencia múltiples culturas epistémicas (Knorr Cetina 1999) y distintos estilos experimentales (Klein 2003). Las conceptualizaciones de Isabelle Stengers y Hans-Jörg Rheinberger a partir de sus trabajos históricos nos resultan especialmente relevantes. Ambos evidencian unos estilos experimentales que se alejan de la idea del experimento como sistema diseñado para la contrastación de hipótesis o la comprobación de teorías. La filósofa de la ciencia Stengers (2006) plantea a partir de sus trabajos empíricos la posibilidad de reivindicar el experimento como un peculiar dispositivo que diseña las condiciones para que dotemos a ciertas entidades que emergen en el espacio experimental del poder de permitirnos hablar de forma distinta sobre el mundo. Desde esa perspectiva, el experimento es un operador de la relación con el acontecimiento, con lo nuevo. A partir de estudios históricos sobre el desarrollo de la biotecnología Hans-Jörg Rheinberger (1997) describe los experimentos como sistemas para generar preguntas que los investigadores aún no tienen. Una concepción de este tipo resuena ciertamente con la tradicional orientación inductiva de la etnografía, la experimentación requiere, sin embargo, de la construcción explícita de infraestructuras materiales y el desarrollo de técnicas específicas.

## RE-APRENDIZAJES DE LA ETNOGRAFÍA

Nuestras etnografías se han desarrollado en una época de vibrante agitación política urbana: las asambleas del movimiento 15M de los Indignados aireaban su esfuerzo político en la calle mientras iniciativas ciudadanas amueblaban solares vacantes y

otros colectivos asaltaban el espacio urbano. Esas formas de intervenir en el espacio público nos han enseñado a repensar nuestra concepción de la ciudad y la misma condición política de lo urbano. En este texto hemos tratado de describir cómo el impulso experimental que permea esa particular manera de habitar la ciudad y relacionarse con ella ha penetrado nuestra propia práctica etnográfica y en ese proceso nos hemos visto obligados a re-aprender nuestra forma de trabajo de campo. Singularmente, la descripción de nuestras etnografías en términos experimentales señala un gesto recursivo que vuelve nuestros hallazgos sobre una práctica etnográfica que relatamos en términos vernáculos. Una descripción de ese tipo reconoce la proliferación de métodos más allá del contexto académico (Marres 2012) y la posibilidad de aprender de ellos (Estalella y Sánchez Criado 2015): lo experimental deja de ser únicamente el objeto descrito por nuestras etnografías para convertirse en la sensibilidad tentativa que informa su método; en el caso descrito, a través de la adopción de una etnografía que toma una forma infraestructural.

Nos ha ocurrido algo que otros autores han consignado también. Pareciera que los desafíos al trabajo de campo antropológico que plantean algunos sitios de la contemporaneidad nos retan a actualizar los aprendizajes de nuestra disciplina (Rees 2008). Un argumento en el que han abundado algunos antropólogos estadounidenses a quienes sus ejercicios de experimentación etnográfica les han llevado a realizar ensayos de aprendizaje con estudiantes y jóvenes investigadores (Rabinow 2011; Marcus 2013; Kely 2008; Fortun 2009). El volumen *Fieldwork is not what it used to be*<sup>19</sup> es ejemplar en este sentido; la obra editada por George E. Marcus y James D. Faubion (2009) marca un punto de partida para una reflexión que conmina a explorar nuevas pedagogías para el oficio antropológico. Marcus argumenta que el espacio de aprendizaje se torna en una piedra angular para la experimentación etnográfica porque constituye —especialmente en el molde de la primera investigación doctoral— el umbral donde se negocian los límites de la norma y forma del trabajo de campo (Marcus 2009). Las propuestas y experiencias realizadas al hilo de esa discusión son diversas; el mismo Marcus propone adoptar una perspectiva para la investigación antropológica que sea más amplia que el trabajo de campo (especialmente en lo que se refiere al aprendizaje) un modelo que tome como referente e inspiración la práctica del diseño, que reconozca la incompletitud de las investigaciones, tenga una aspiración colaborativa y embeba en el mismo diseño de los proyectos preocupaciones por la recepción del conocimiento antropológico. Su intención no es abandonar la etnografía, como pueden proponer otros autores (Ingold 2014), sino explorar la posibilidad de renovar su forma. Preocupaciones que le han llevado a Marcus a ensayar formatos que toma prestados de otras disciplinas, como el *etnocharrette* o el estudio. En una línea similar, Paul Rabinow ha explorado lo que designa como *labminar*, un espacio de intercambio académico que remedia las reuniones propias de los laboratorios en el cual, junto a sus estudiantes, explora la posibilidad de «nuevas formas de indagación a través de maneras colaborativas guiadas por una ética del cuidado» (2011: 142).

Esas experiencias intervienen en los espacios institucionales, el diseño curricular y las formas de colaboración del aprendizaje etnográfico. Nosotros queremos prestar atención a una fuente de aprendizaje distinta. Sabemos que un elemento central del

<sup>19</sup> «El trabajo de campo no es lo que era».

entrenamiento del oficio antropológico proviene de la lectura de los relatos de campo de nuestras monografías (Van Maannen 1988). Estos modelan nuestra escritura a través de tropos literarios que escenifican una distancia con los otros, construyen la autoridad o suspenden en un presente atemporal las culturas ajenas. De la misma manera, los relatos de campo dan cuenta de nuestras prácticas etnográficas y a través de ellos establecemos la norma y forma de un trabajo empírico que suele narrarse a través del tropo de la observación participante (Gupta y Ferguson 1997), una figura suspendida entre un dominio relacional (participación) y otro epistémico (observación). A través de la observación participante la disciplina no sólo describe su práctica empírica sino que prescribe las formas posibles de implicación en el campo. Pareciera, sin embargo, que las etnografías de las últimas décadas dedicadas al estudio de los nuevos medios, la ciencia y la tecnología, las organizaciones globales... requiriesen de nuevos relatos de campo para dar cuenta de sus trabajos empíricos: «el trabajo de campo contemporáneo orienta su investigación de una manera más intensa y compleja que lo que el paradigma tradicional puede acomodar de tal manera que excede los límites de la tradición narrativa antigua. En efecto, necesitamos tipos de historias diferentes»\* (Marcus 2006: 116).

El relato que hemos hecho surge del extrañamiento de nuestra propia práctica etnográfica frente a la norma que habíamos aprendido durante nuestro periodo de formación, es un intento por explorar una forma distinta de dar cuenta de nuestro trabajo de campo. No es nuestra intención investir nuestra práctica con una aureola de novedad o singularidad, al contrario, nuestra implicación en el campo resuena con experiencias escuchadas a colegas e intuimos que esa tensión que otros constatan y nosotros hemos experimentado no es nueva y quizás su intensificación pudiera revelar algo que viene de lejos: que nuestros relatos de campo no siempre han sido fieles a las prácticas que hemos desplegado en el trabajo empírico. Jenny Hockey y Martin Forsey (2012) lo han expresado de forma explícita con una llamada a sus «colegas antropólogos para que examinen el significado para la epistemología antropológica y la pedagogía de la realidad de la distancia entre lo que decimos que hacemos y lo que realmente hacemos en la práctica»\* (2012: 69). La hegemonía injustificada de la observación participante en nuestras narraciones de campo ha sido puesta en evidencia por autores que constatan que el trabajo de campo no ha estado fundado nunca únicamente en la observación participante y que esta ha sido siempre más parcial y limitada de lo que se reconoce habitualmente (Hannerz 2010). Por todo ello, estamos tentados de afirmar que la experimentación de campo que evocamos no es novedosa sino que hunde sus raíces en modos de hacer tradicionales de la antropología<sup>20</sup>.

Nuestro argumento no plantea entonces una ruptura con las convenciones metodológicas de la disciplina sino que señala una continuidad mientras realiza un intento de re-descripción de nuestros relatos de campo. La invocación que hacemos de la colaboración experimental en la práctica etnográfica es principalmente un ejercicio de descriptión y conceptualización etnográfica de nuestro trabajo de campo. La infraestruc-

---

<sup>20</sup> Sobre este asunto se extiende Roger Sansi (2016) cuando sugiere en su contribución que quizás la colaboración ha sido históricamente una parte indisociable del trabajo etnográfico de los antropólogos. Su planteamiento sitúa el acento de la reflexión no sobre la colaboración sino sobre la condición participativa de los procesos.

tura etnográfica que hemos presentado abunda en este intento de expansión, un esfuerzo por re-amueblar el vocabulario descriptivo y el lenguaje conceptual que da cuenta de nuestras prácticas epistémicas y relacionales en el campo. Es precisamente ante la necesidad de nuevos idiomas conceptuales que hemos tratado de ser fieles a la sensibilidad etnográfica: nuestra escritura ha sido descriptiva antes que prescriptiva. No proponemos un protocolo ni tampoco un método para realizar experimentaciones etnográficas en el trabajo de campo, tampoco sugerimos que algo así requiera necesariamente de eso que hemos llamado infraestructuras etnográficas o que implique necesariamente formas de intervención material en el campo. Simplemente hemos tratado de elaborar una descripción etnográfica encaminada a la producción conceptual de eso que hemos designado como colaboraciones experimentales. Un intento por tornar recursivamente la sensibilidad etnográfica de la antropología sobre su propio método, un esfuerzo esperanzado en la posibilidad de alumbrar nuevos relatos de campo que den cuenta de nuestras propias prácticas y sigan abriendo la antropología a nuevos mundos.

\* \* \*

Los trabajos aquí reunidos, todos ellos vinculados a exploraciones del activismo urbano y/o relaciones entre la antropología y el arte, exploran distintas formas de plan-tear la relación entre la experimentación y la colaboración etnográfica en el trabajo de campo antropológico. Creemos que todos ellos aportan, desde distintas sensibilidades antropológicas y en diálogo con diferentes dominios de la antropología (y otras disciplinas), matices al argumento que aborda este tema emergente. Los tres primeros trabajos son relatos de género etnográfico cuyos autores y autoras discuten su implicación en sitios empíricos donde lo artístico se hibrida con lo activista (Marrero 2016; Cañedo 2016) o donde esta última dimensión es dominante (Berraquero, Maya-Rodríguez y Escalera Reyes 2016). La cuarta y quinta contribución establecen un diálogo estrecho con la literatura de los estudios de ciencia, manteniendo el registro etnográfico en un caso (Corsín Jiménez 2016) e internándose en un amplio comentario de las relaciones con el arte en el último (Sansi 2016). A partir de su trabajo con distintos colectivos de activistas y de artistas que se muestran críticos con las instalaciones olímpicas en el barrio londinense de Hackney Wick, Isaac Marrero reflexiona sobre lo que conceptualiza como *plataformas públicas*. Su trabajo, 'Objetos textuales y dispositivos colaborativos: de la etnografía como plataforma pública', describe una implicación en el campo que resue-na directamente con nuestro argumento dada su implicación directa en la construcción de esas plataformas públicas que tuvieron un inesperado influjo sobre su investigación. Creemos que su reflexión abre una vía muy productiva para repensar la manera de entender la antropología de orientación pública.

Montserrat Cañedo desarrolla también su trabajo de campo en un contexto artístico, en este caso uno que se señala también en esta introducción, Medialab-Prado (Madrid), y caracteriza su trabajo de campo como «un proyecto de investigación antropológica algo diferente al habitual» (Cañedo 2016). 'Tiempos de colaboración: performances del conocimiento urbano' describe un trabajo de campo que se desarrolla en sitios donde antropóloga y contrapartes tienen el mismo objetivo: producir conocimiento sobre la ciudad, individuos que difícilmente encajan en el rol de «informante» y que ponen en suspenso los cánones metodológicos de la antropóloga. Obligada a exponer su proyec-

to constantemente con los colaboradores, este deviene en un asunto que es negociado con ellos. Cañedo reflexiona sobre las transformaciones que introduce en sus habituales prácticas investigadoras el desarrollo de un dispositivo epistémico de visualización y, como consecuencia de ese trabajo, la posibilidad de pensar en formatos de representación del conocimiento antropológico que no son necesariamente textuales. La contribución colectiva de Luis Berraquero Díaz, Francisco J. Maya Rodríguez y Francisco J. Escalera-Reyes (2016) titulada 'La colaboración como condición, la etnografía participativa como oportunidad para la acción' da cuenta de una larga trayectoria de trabajos etnográficos con colectivos activistas en la ciudad de Sevilla. En diálogo con la investigación acción participativa, y alejándose al mismo tiempo de lo que consideran una reducción de esta a la aplicación de una serie de técnicas, proponen la figura de la etnografía acción participativa. Su apuesta es clara: la colaboración es una condición sine qua non para el desarrollo de etnografías en esos contextos. En ese proceso la etnografía acción participativa implica una redefinición de las metas epistémicas de la etnografía y una transformación del rol de los antropólogos.

La pieza con la que Alberto Corsín Jiménez (2016) contribuye al tema toma como punto de partida las primeras sociedades experimentales del siglo XVII para explorar en diálogo con la literatura de la historia de la ciencia las borrosas formas de lo social que toma la experimentación ciudadana de colectivos madrileños de arquitectura y movimientos vecinales de la cultura libre. Su contribución 'Auto-borradores: la antropología y la cultura difuminándose mutuamente' plantea una alternativa analítica/conceptual para el operador de la relacionalidad tan común en la etnografía (y en el nacimiento de la experimentación), en este caso sería la figura del auto-borrador, una forma de relacionalidad que caracterizaría de manea distintiva a las colaboraciones experimentales. Por último, Roger Sansi Roca (2016), revisita sus trabajos sobre diferentes encuentros entre el arte y la antropología para trazar una genealogía distinta del dúplex conceptual que plantea este tema emergente: colaboración y experimentación. Su texto, 'Experimentaciones participantes en arte y antropología', a partir de un excursus por las formas de colaboración y experimentación en el mundo del arte, propone pensar en una «experimentación participante». Frente a la revisión que proponemos en este artículo de la condición epistémica de la experimentación, Sansi apunta al otro medio: la colaboración, para proponer una reflexión radical de los procesos participativos desde la antropología.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Berraquero Díaz, Luis; Francisco Maya-Rodríguez y Francisco Escalera Reyes. 2016. «La colaboración como condición, la etnografía participativa como oportunidad para la acción». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 71(1): 49-57.
- Candea, Matei. 2013. «The fieldsite as device». *Journal of Cultural Economy* 6(3): 241-258.
- Cañedo Rodríguez, Montserrat. 2016. «Tiempos de colaboración: performances del conocimiento urbano». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 71(1): 39-48.
- Corsín Jiménez, Alberto. 2014. «The right to infrastructure: a prototype for open source urbanism». *Environment and Planning D: Society and Space* 32(2): 342-362.
- Corsín Jiménez, Alberto. 2016. «Auto-borradores: la antropología y la cultura difuminándose mutuamente». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 71(1): 59-66.

- Corsín Jiménez, Alberto y Adolfo Estalella. 2016. «Ecologies in Beta: The City as Infrastructure of Apprenticeships», en Penny Harvey, Casper Bruun Jensen y Atsuro Morita (eds.), *Infrastructure and Social Complexity: A Routledge Companion*: s/n. Londres y New York: Routledge.
- Daston, Lorraine. 2011. «The Empire of Observation, 1600–1800», en Lorraine Daston y Elizabeth Lunbeck (eds.), *Histories of Scientific Observation*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Daston, Lorraine y Elizabeth Lunbeck. 2011. *Histories of Scientific Observation*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Emerson, Robert M., Rachel I. Fretz y Linda L. Shaw. 2005. *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago: Chicago University Press.
- Estalella, Adolfo y Tomás Sánchez Criado. 2015. «Experimental collaboration: An invocation for the redistribution of social research». *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies* 21(3): 301-305.
- Fariás, Ignacio y Thomas Bender (eds.). 2009. *Urban Assemblages: How Actor-Network Theory Changes Urban Studies*. Londres: Routledge.
- Faubion, James D. y George E. Marcus (eds.) 2009. *Fieldwork is not what it used to be. Learning Anthropology's Method in a Time of Transition*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Fischer, Michael M. J. 2009. *Anthropological Futures*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Fortun, Kim. 2009. «Figuring out ethnography», en James Faubion y George Marcus (eds.), *Fieldwork isn't what it used to be*: 167-183. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Fortun, Kim, Mike Fortun, Erik Bigras, Tahereh Saheb, Brandon Costelloe-Kuehn, Jerome Crowder, Daniel Price y Alison Kenner. 2014. «Experimental ethnography online. The asthma files». *Cultural Studies* 28(4): 632-642.
- Galison, Peter y Emily Thompson. 1999. *The Architecture of Science*. Cambridge (Mass.), Londres: The MIT Press.
- Gandy, Matthew. 2005. «Cyborg Urbanization: Complexity and Monstrosity in the Contemporary City». *International Journal of Urban and Regional Research* 29(1): 26-49.
- Geertz, Clifford. 1973. *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- Giménez Romero, Carlos. 2011. «Hacia una nueva etapa de práctica profesional en Antropología. Retos y propuestas», en Luis Díaz Viana, Óscar Fernández Álvarez y Pedro Tomé Martín (eds.), *Lugares, Tiempos, Memorias. La antropología ibérica en el siglo XXI*: 173-204. León: Universidad de León.
- Graham, Stephen y Colin McFarlane (eds.). 2015. *Infrastructural Lives. Urban infrastructure in context*. London y New York: Routledge.
- Guggenheim, Michael. 2012. «Laboratizing and de-laboratizing the world: changing sociological concepts for places of knowledge production». *History of the Human Sciences* 25(1): 99-118.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (eds.). 1997. *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Hannerz, Ulf. 2010. *Anthropology's World. Life in a Twenty-First-Century Discipline*. Londres: Pluto Press.
- Hockey, Jenny y Martin Forsey. 2012. «Ethnography Is Not Participant Observation: Reflections on the Interview as Participatory Qualitative Research», en Jonathan Skinner (ed.), *The Interview. An Ethnographic Approach*: 69-88. Londres: Berg.
- Holmes, Douglas y George E. Marcus. 2005a. «Cultures of Expertise and the Management of Globalization: Toward the Refunctioning of Ethnography», en Aihwa Ong y Stephen J. Collier (eds.), *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*: 235-252. Oxford: Blackwell.
- Holmes, Douglas y George E. Marcus. 2005b. «Refunctioning Ethnography: The Challenge of an Anthropology of the Contemporary», en Norman Denzin y Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*: 1099-1113. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Holmes, Douglas y George E. Marcus. 2008. «Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter». *Collaborative Anthropologies* 1: 136-170.
- Ingold, Tim (2014). «That's enough about ethnography!» *Hau: Journal of Ethnographic Theory*, 4(1): 383-395.
- Kelly, Ann H. 2012. «The experimental hut: hosting vectors». *Journal of the Royal Anthropological Institute* (N.S.): S145-S160.
- Kelty, Christopher et al. 2008. «Fieldwork after the Internet. Collaboration, coordination and composition», en James Faubion y George Marcus (eds.), *Fieldwork isn't what it used to be*: 184-206. Ithaca, NY: Cornell University Press.

- Klein, Ursula. 2003. «Styles of experimentation», en Maria Carla Galavotti (ed.), *Observation and experiment in the natural and social sciences*: 159-185. Dordrecht: Kluwer.
- Klein, Ursula. 2008. «The Laboratory Challenge. Some Revisions of the Standard View of Early Modern Experimentation». *Isis* 99: 769-782.
- Knorr-Cetina, Karin. 1999. *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Kohler, Robert E. 2002. *Landscapes & Labscapes: Exploring the Lab-Field Border in Biology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Maanen, John Van. 1988. *Tales of the Field: On Writing Ethnography*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- Marcus, George. 2014. «Prototyping and Contemporary Anthropological Experiments with Ethnographic Method». *Journal of Cultural Economy* 7(4): 399-410.
- Marcus, George E. 2006. «Where Have All The Tales Of Fieldwork Gone?». *Ethnos* 71(1):113-122.
- Marcus, George E. 2009. «Introduction. Notes toward an Ethnographic Memoir of Supervising Graduate Research through Anthropology's Decades of Transformation», en James D. Faubion y George E. Marcus. *Fieldwork is not what it used to be. Learning Anthropology's Method in a Time of Transition*: 1-34. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Marcus, George E. 2012. «The Legacies of Writing Culture and the Near Future of the Ethnographic Form: a Sketch». *Cultural Anthropology* 27(3): 427-445.
- Marcus, George E. 2013. «Experimental forms for the expression of norms in the ethnography of the contemporary». *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 3(2): 197-217.
- Marcus, George E. y Michael M. J. Fischer. 1986. *Anthropology as Cultural Critique. An experimental moment in the human sciences*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Marrero Guillamón, Isaac. 2016. «Objetos textuales y dispositivos colaborativos: de la etnografía como plataforma pública». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 71(1): 31-38.
- Marres, Noortje. 2012. «The redistribution of methods: on intervention in digital social research, broadly conceived». *The Sociological Review* 60(S1): 139-165.
- Pink, Sarah. 2009. *Doing Sensory Ethnography*. Londres: Sage.
- Rabinow, Paul. 2011. *The Accompaniment. Assembling the Contemporary*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Rabinow, Paul y Gaymon Bennett. 2012. *Designing Human Practices. An Experiment with Synthetic Biology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rabinow, Paul, George Marcus, James D. Faubion y Tobias Rees. 2008. *Designs for an Anthropology of the Contemporary*. Durham, Londres: Duke University Press.
- Rees, Tobias. 2008. «Introduction», en Paul Rabinow, George Marcus, James D. Faubion y Tobias Rees (eds.), *Designs for an Anthropology of the Contemporary*: 1-13. Durham, Londres: Duke University Press.
- Rheinberger, Hans-Jörg. 1997. *Toward a History of Epistemic Things: Synthesizing Proteins in the Test Tube*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Riles, Annelise. 2015. «From Comparison to collaboration: experiments with a new scholarly and political form». *Law and contemporary* 78(1-2):147-183.
- San Román, Teresa. 2009. «Sobre la investigación etnográfica». *Revista de antropología social* 18: 235-260.
- Sánchez Criado, Tomás y Marcos Cereceda. s/d. «Urban accessibility issues: Politicizing universal design, articulating technoscientific democratizations at the documentation interface».
- Sansi, Roger. 2016. «Experimentaciones participantes en arte y antropología». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 71(1): 67-73.
- Shapin, Steve y Simon Schaffer. 1985. *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle and the Experimental Life*. Princeton: Princeton University Press.
- Simone, AbdouMalik. 2004. «People as Infrastructure: Intersecting Fragments in Johannesburg». *Public Culture* 16(3): 407-429.
- Stengers, Isabelle. 2006. *La Vierge et le neutrino: Les scientifiques dans la tourmente*. Paris: Les Empêcheurs de Penser en Rond.
- Stocking, George. 1983. «The ethnographer's magic: fieldwork in British anthropology from Tylor to Malinowski», en George Stocking (ed.), *Observers Observed. Essays on ethnographic fieldwork*: 70-120. Madison: The University of Wisconsin.